



JORGE LABARCA,

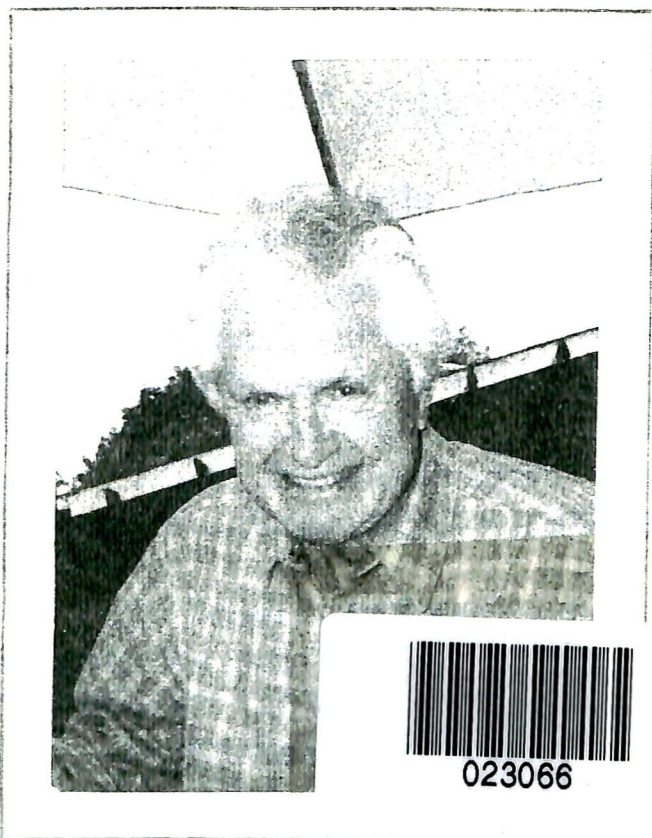
ATRAPANDO LA OLA

Sergio Ramón Fuentealba

PROLOGO DE MARIZOL ZUÑIGA S.

*Segunda Edición del Autor, y
Cecilia Zúñiga Sanhuesa.*

1996



JORGE LABARCA,

ATRAPANDO LA OLA

Sergio Ramón Fuentealba

PROLOGO DE MARIZOL ZUÑIGA S.

*Segunda Edición del Autor, y
Cecilia Zúñiga Sanhueza.*

1996

\$ 300

ch 808.833 9

1954

(BSTM)

DEL AUTOR A LOS LECTORES

Con la necesaria reedición de este libro -por el que siento especial predilección- concluye la primera etapa, por así decirlo, de este Proyecto Editorial, que inicié en enero de 1995, y en cuyo desarrollo han colaborado José Pizarro, Marcial Cabrera, Marizol Zúñiga, Juan Zuchel y Cecilia Zúñiga.

En esta fase, destaqué intelectuales regionales, como Volodia Teitelboim, Gonzalo Rojas y el Dr. Edgardo Enríquez; recordé parte del pasado de Concepción en "Crónicas penquistas", "Refrescando la memoria", y "Entre el Caracol y Chepe", y por último, me ocupé de los tomecinos y "entomecinados" en el arte, con "Jorge Labarca, atrapando la ola", "Santiago Espinoza, el artista de Tomé", y la edición de "Enderezador de Vientos y Ciertos poemas de amor", de Tagore Biram, poeta brasileño que vive

Concepción Antes.

Buenos Aires.

entre nosotros. Siento una enorme satisfacción por haber podido publicar y colocar entre los lectores nueve libros y reeditar uno de ellos, en sólo dos años. Estoy agradecido del público, de los Medios de Comunicación y de los auspiciadores que han aportado lo suyo a esta iniciativa.

Era todo lo que tenía que decirles, porque ahora estoy trabajando en "Tomé, mucho paño que contar", libro que abrirá - si no me ocurre nada impredecible - la segunda etapa de este Proyecto. Un reconocimiento muy sincero para los funcionarios administrativos y técnicos de la Editorial de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de Concepción, por su espontáneo y desinteresado compromiso con estas ediciones.

Tomé, diciembre de 1996.

EL ARTE EN CONCEPCION Y JORGE LABARCA

Hace medio siglo, funcionaba en la décima cuadra de la calle Barros Arana, la Academia de Bellas Artes, fundada por Adolfo Berchenko, y en la que, entre otros comenzó sus estudios Julio Escámez. Al dejar Berchenko su dirección, fue reemplazado por Tole Peralta y la Academia pasó a depender de la Sociedad de Arte de Concepción, creada por los arquitectos Luz Sobrino y Edmundo Buddemberg, y por el Dr. Hernán San Martín.

Entonces, las exposiciones se realizaban en el Hotel "Claris" y en el "Sótano", y pocos imaginaban que en esta ciudad surgirían los valores de la pintura que nos han prestigiado nacional e internacionalmente.

Menos, que la aficción del público a este arte demandaría la apertura de salas universitarias y de institutos binacionales y que Carmen Azócar inauguraría una importante galería.

Mientras eso ocurría, llegó a Concepción el arquitecto, pintor y escultor Jorge Labarca Van Rysselberghe, distinguido, más tarde, con el Premio Municipal de Arte, mezquino para un creador de su categoría. La entrevista que presentamos, fue hecha por Sergio Ramón en noviembre de 1994, y hemos creído oportuno darla a conocer, al inaugurar el artista una nueva exposición en el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura.

Marizol Zúñiga Sanhueza
Prof. de Artes Plásticas.

JORGE LABARCA, ATRAPANDO LA OLA

“A mi casa concurría mucha gente, pero todos eran políticos o eran abogados. A mi padre le gustaba mucho leer y gustaba de escribir, aunque lo hacía como escribe un abogado. En el círculo de la familia, había una sola persona que, realmente, era artista. Se trataba de una hermana de mi madre, y ella está asociada a un recuerdo que es traumatizante, en el sentido positivo. Porque fue algo que me marcó y que generó todo lo que vino después, de manera directa o indirecta. Veraneaban juntas las dos familias -la suya y la mía- y estando una mañana en Viña del mar, en la playa del Casino, la que está al lado del Estero, mi tía llevó su caja de acuarelas, y entonces, ví cuando ella atrapó la ola en la tela.

Fue una impresión muy grande, maravillosa". Cuando se produjo, Jorge Labarca Van Rysselberghe era un niño muy pequeño. No tenía más de cinco años y nunca había visto a un pintor, ni a nadie, hacer nada. Tampoco sabía en qué consistían las acuarelas, pero toda su relación con el arte comienza allí. Nunca, en otro lugar.

- Y después, ¿volvió a ver el cuadro terminado?

"Muchas veces, y no era muy buena esa acuarela. Yo diría que mi tía, más que una gran artista, en el ejercicio del arte, lo era, y tremendamente, en su manera de vivir. En la idea que tenía acerca de vivir. Aunque no era una persona que hablara mucho, todo lo que ella contaba, siempre era una historia con

algo mágico, con algún misterio, lo hacía en un tono que atraía, ¿no? Que atrapaba al oyente. Gozaba con todo. Si lo invitaba a Ud., a pasar un fin de semana a su hogar uno se encontraba en la noche con un libro encima del velador, con un vaso de jugo de naranja y una fruta. Como ella, además de interesante, era buena-moza, tenía una buena amistad con muchísimos artistas. En su casa, escuché tocar el piano a Enrique Soro, y participar en sus veladas a Armando Palacios, a Antonio Romera, a Mariano Latorre, en fin. En las oportunidades en que yo la visitaba, invariablemente había una pequeña reunión. Siendo todavía niño, no entendía todo lo que se conversaba, claro está, pero captaba el ambiente. Siempre he intentado revivir esa atmósfera, o ser capaz de reproducirla. Me gustan mucho los lugares cuando tienen ese cariz. Una cosa donde se va a conversar y se va a

disfrutar haciéndolo. No importa el compromiso de que la conversación sea muy buena, pero que sí, haya esa cosa cálida de amistad, que con la adultez se pierde. Yo considero que lo clave en una reunión con amigos, es, que en todos impere una total ausencia de temor a lo que se va a decir, o a decir algo que no la enaltezca”.

- Eso, ¿porque la timidez ha sido como una antigua dolencia suya?.

“Desde la época del colegio, fui una persona no retraída - siempre tuve una cierta cantidad de amigos-, pero muy tímida. Solamente el salto lo dí cuando entré a la Universidad de Chile y, el primer año, tuve que hacerlo como alumno libre, por un problema con las matemáticas en el bachillerato. Todavía no cumplía los diecisiete años y toda la gente que había a mi

alrededor, era muchísimo mayor. No quisiera analizar si de allí proviene esa timidez, pero la timidez estaba”.

- ¿En qué momento se rompió, si ya no existe?.

“Se produjo la ruptura, y bruscamente, cuando llegué al primer año regular de Arquitectura, y entonces, en una asamblea en la que habían cuatrocientos alumnos, hubo que elegir el delegado del curso ante el Centro de Alumnos de la Escuela, y alguien, no sé por qué, sin conocerme, me propuso. Lo increíble en todo esto, es que, a pesar que había un muchacho del Instituto Nacional, que tenía una tremenda “claque”, por su pasado como dirigente estudiantil, y sin que yo hubiera hecho nada, resulté elegido. También volví a serlo - no sé para qué cosa, al año siguiente”.

- ¿En la Escuela volvió a encontrarse con formas y colores?.

“Teníamos un ramo que se llamaba “plástica”, y que no tenía que ver con los colores, pero, sí, con volúmenes. Había que construir pequeñas esculturitas. En segundo año, sin embargo, tuvimos clases de composición, que consistía en pintar. Componer y pintar”.

- ¿Con quién, Jorge?.

“Con Camilo Mori. Su ayudante, era Sergio Montecino. Y ahí tiene otra persona curiosa. Los dos años que yo lo tuve como ayudante de Camilo Mori, nunca lo escuché decir una palabra, y ahora, hasta escribe. Así cambia la gente.

- Qué recuerdo conserva de Mori?

“Bueno Mori era un artista, pero no era un profesor. Nunca aprendí nada de él, aunque me parecía un hombre muy simpático. Llegaba a sus clases jugando al yo-yo, o al trompo. Creo que lo hacía como un gesto de acercamiento a los alumnos. En general, sí, yo tuve profesores que eran grandes en su materia, en su “mettier”, en su actividad, pero que, como le decía, eran malos profesores. Yo estimo que Camilo Mori, siendo un buen artista, no era un buen profesor. Estas dos condiciones, sin embargo, las poseía Juan Martínez Gutiérrez, el primer Premio Nacional de Arquitectura. El ramo principal de la carrera, que se llama “composición arquitectónica”, y que es el taller donde se hacen los proyectos, lo tuve con él, durante tres años. Don Juan era un gran artista.

Además de pintar, era un dibujante extraordinario. Fabuloso”.

- Aparte de estudiar, ¿qué otras cosas interesaban entonces al futuro arquitecto?

“La verdad es que, antes de ingresar a la Escuela, pensé dedicarme a la pintura, aunque no sabia nada de ella. Lo único que recordaba, era esa impresión, que ya le conté, de la playa. Pero la idea la tenía, estaba tras el discernimiento. Sin embargo , no tuve ningún contacto con el arte, hasta que llegue a la Escuela de Arquitectura. Curiosamente, no fui un buen alumno del ramo de “composición”, que era el que más me interesaba, pero, si, lo fui de los ramos restantes y me recibí con distinción máxima, en 1956”.

- ¿Ya había tomado los pinceles?.

“Sí, porque cuando estaba en tercer año de Arquitectura me enfermé del pulmón y estuve como seis meses retirado de la Universidad. Estuve seriamente tocado por la cosa y me salvé, en realidad , por la aparición de dos medicamentos que me ayudaron a resolver el problema, la Estreptomycinina y el PAS. Ya antes, en el campo, había pintado algunos paisajes, pero cuando estuve en cama hice las primeras pinturas. Si no abstractas, tenían un tinte surrealista, donde primaba la imaginación. Ahí pinté tres cosas que tengo enmarcadas y repartidas entre mi familia. Después, las pinté en grande, pero tengo una de las primeras en mi taller”.

- ¿No temió, entonces, su familia, que dejara su carrera por la pintura?.

“No, porque yo nunca tuve, siquiera, esa idea. Mire, Sergio Ramón, voy a volver a un poco atrás, porque olvidé contarle algo muy importante. Cuando terminamos las humanidades, fuimos con mi primo Sergio Montero Van Rysselberghe - hijo de mi tía aquella - a la Escuela de Bellas Artes y dimos el examen de admisión. A él, lo aprobaron, y a mí, me rechazaron. Después, en el ejercicio de mi profesión, yo he ganado algunos concursos, y he perdido otros, e incluso, no he sido seleccionado para algunos salones de pintura. Pero, nunca, nada me marcó tanto, ni me dejó una huella tan profunda, como cuando no me aceptaron en Bellas Artes. Es que la estocada fue muy dura. Claro, yo no había pintado nunca. Me pasaron un pedazo de carbón de álamo, y lo rompí sobre el

papel. No tenía ninguna noción de nada, ni siquiera de las más elementales. Como que una cosa se abarca en el total, y no en los detalles; en fin. Me rechazaron, y ante la emergencia - tenía en un plazo muy breve que decidir acerca de lo que haría - elegí la carrera que, a mi juicio, y por suposiciones que había leído o escuchado alguna vez, era la que más se acercaba a la pintura. Por eso, estudié arquitectura”.

- ¿También su primo?

“También, pero al terminar el tercer año, dejó la carrera y se dedicó a la pintura. Es un gran retratista, tiene un enorme cartel en Santiago. Fuera de eso, dirige una academia de arte”.

-¿Qué hizo después de esos cuadros surrealistas?

“A poco de volver, ya recuperado, a la Escuela, hubo una Bienal de Arte Universitario, y mire como son las cosas. Nuevamente concurrimos a la cita con mi primo Sergio, pero, en esa ocasión, cambiaron los papeles y yo fui aceptado. Es que todo se reduce a un problema de apreciación, y el que juzga, lo hace desde su propio punto de vista”.

-No cuesta mucho imaginar lo que experimentó entonces.

“Fue una satisfacción enorme. No se imagina de qué porte fue la emoción y el goce. Era lo que más me interesaba. Mire, cuando después ejercí la arquitectura, nunca dejé de hacer un proyecto. Y lo digo, porque hay confusiones por ahí, debido a que después tuve una empresa. Si la tuve, fue para construir “mi

arquitectura”, y después, cuando tuve dos arquitectos más asociados, “nuestra” arquitectura, pero yo siempre intervine. En la oficina se hicieron, se proyectaron y se construyeron más de cien mil metros cuadrados - un poco más, no mucho más - entre edificios y casas, y yo no recuerdo que hayan habido más de dos casas en que yo no pude intervenir. Nunca pude dejarla de lado. Y lo que le quería contar, es que llegaba un momento en que la “galleta”, el “caramelo” de un proyecto, había que revestirlo, y cuando había que crear los volúmenes, era algo que me interesaba de sobremanera, aunque lo que siempre más me interesó fue el momento en que había que elegir los colores de un edificio, tanto los interiores, como los exteriores. Como ahora se rompió con el tiempo en que las catedrales eran blancas,

forma parte del sentido postmodernista el que la arquitectura deba tener color, porque antes todo era muy sobrio. En una ocasión, un colega, muy amigo mío, viendo un cierto edificio que tenía muchos colores, pequeñas rayas, manchas más grandes y todo un planteamiento de color, comentó, riéndose que yo era el Walt Disney de la arquitectura”.

-Bromas aparte, Ud. es reconocido como un exitoso profesional.

“Yo hice muchos proyectos, y muchos no los realicé -aunque me excusé en los mejores términos con mis clientes- porque consideré que era un deber sagrado del arquitecto ser muy consecuente con sus ideas y no transar. Entendía que era muy justo el que ellos quisieran sus casas de una

cierta manera, pero yo también encontraba que había un punto que no podía dejar pasar. Consistía en que yo había estudiado arquitectura, no para ganarme la vida. Tangentemente, como consecuencia de hacer cosas, es que a Ud., le pagan unos honorarios y Ud. vive de ello, pero yo siempre, todos los proyectos que hice, los hice pensando en que en ello me jugaba el alma y la vida. Que era lo mejor que podía hacer; que nunca nadie, que me hiciera una crítica, yo iba a sentir un poco la vergüenza de que había hecho algo con una cierta ligereza y que estaba arrepentido o avergonzado de lo que había hecho”.

-¿Le parece, Jorge, que ahora hablemos de lo que Ud., y otros han hecho en este tiempo ya largo, de su relación con el arte?.

“Como Ud. ha mencionado “el tiempo”, tengo que contarle algo que para mi tiene una importancia que no se compara con nada. Estaba recién egresado a la Universidad y vivía en Santiago, con mis padres, en un edificio de departamentos, en el centro. Era un día de verano, Diciembre , antes de la Pascua. Después de almuerzo, me fui yo a meter a un rotativo, donde daban una obra de Lamartine, “Josselyn, o el ángel caído”. Como tengo un temperamento absolutamente román-tico, idealista, salí tremendamente maltrecho de aquello que había sido hecho para hacer llorar a todos, y mirando las baldosas, iba sin levantar la vista, cuando me tropecé con un muchacho que era médico y bastante mayor que yo, y cuyo hermano era muy amigo mío. A boca de jarro, y entremedio de

esa gente que a uno lo daba vuelta como trompo en la vereda, me dijo: “¿Haz pensado alguna vez que te pasas la mitad de la vida durmiendo, muerto, durmiendo?. Y de ahí, empezó una problemática, un tema que me ha obsesionado por sobre todos los demás - y yo tengo muchas obsesiones, varias -, todo lo que involucra y lo que significa el tiempo. En un momento de “morbidez” en torno al tiempo, me propuse sentir cómo pasaba el tiempo, sentir cómo fluye la vida por un minuto”.

-¿Y no la experimentado alguna vez?

“Le puedo contar, por ejemplo, que estaba una vez en mi oficina, el año 1962, y la secretaria me anunció que alguien, que no había querido dar su nombre, pedía hablar conmigo por

teléfono. Levanté el aparato y una voz de mujer me dijo : “Ud. habla con alguien que Ud. no conoce, pero le quiero contar algo que, sí creo que le va a interesar. Ud., es primo de “Maco” Gutierrez, un arquitecto...”

-Si, si, lo conoci, Javier Gutiérrez.

“Bueno, “Maco”, que se habia ido a Bolivia, a la selva, a la guerrilla urbana, habia sido baleado por la espalda, cuando pretendia cruzar la frontera, para venir a Chile a ver a su familia. Ese “Maco”, que ya estaba muerto, había vivido en mi casa su primer año de estudiante y habiamos compartido el mismo dormitorio, aunque él era mayor que yo. Cuando me dijo eso esta niña, me ocurrió algo que nunca se ha vuelto a repetir, y algo muy especial. Se me produjo un

espiral. La sensación fue como cuando a Ud. lo coge un tornado, ese trompo que lo chupa, lo absorbe y lo lleva arriba. Bueno, eso fue exactamente. Un espiral en que el cono está abajo y yo estaba ahí, y de repente, comencé a girar, a girar, y me fui arriba, arriba, arriba y desfilaron cosas inconexas, ¿ah? No es que yo haya revivido una película , sino imágenes, imágenes, imágenes.... Y tampoco tengo idea de cuánto tiempo estuve en el teléfono, porque, cuando volví en mí, senti que al otro lado me preguntaban si yo todavía estaba escuchando, y no le podia contestar...”.

-¿Y las otras sensaciones, las del tiempo del arte?.

“Hacia yo un viaje a Europa, con otra pareja que son parientes y que él es arquitecto, también. Todavía no

pintaba, y ni siquiera sospechaba que iba a dedicarme a pintar. Mi situación profesional era bastante precaria entonces. Un día estaba bien y al otro, muy al borde de estar mal, pero ya me había interesado en el arte, había comprado muchos libros y había visto algo. Llegamos a Avignon y pedí visitar el Palacio del Papa, aunque fuera un minuto. Hasta entonces, y para no serle burdo, sino muy claro, a Picasso no lo podía entender. Yo encontraba que era un carituro, y no me impresionaba para nada su color. Además, le tenía el respeto que merecen aquellas personas de quienes los que dicen saber mucho, opinan muy bien de ellos. Le tenía un gran respeto, aunque no lo entendía para nada, y eso, era lo que, para mi, me aparecía Picasso. En la Sala de Audiencia del Palacio Papal de Avignon, había doscientas y tantas

pinturas de Picasso, y como lo que andábamos haciendo estaba fuera de itinerario, me dieron un cuarto de hora para ver la exposición. Yo le puedo decir que ese cuarto de hora es, probablemente, el que he tenido mayor concentración en mi existencia. Segundo, en un cuarto de hora entendí a Picasso, y si Ud. me pregunta por qué entendí a Picasso, no le podría decir por qué entendí a Picasso. Y de ahí para adelante, siempre lo entendí ya, y cada vez, fui vibrando más con Picasso. Porque, todo ésto, es descubrir la gente. Lo mismo, me ocurrió después con Miró, jamás con Dali, pero, si, con Paul Klee”.

- ¿Por qué con Paul Klee? ¿Tiene algo que ver con Picasso?

“Creo que el gran innovador de este siglo, no es Picasso, sino que es

Paul Klee. Para mi, es el más grande de los innovadores. Todo lo que hizo, cada "monito", tiene una proposición nueva. Después, el gran pintor de este siglo, es un ruso que se suicidó a los cuarenta o cuarenta y un años. Se llamaba Nicolás de Staël. En Cap d'Antibes, en la Costa Azul, al lado de Niza, está el Castillo Grimaldi. Es un castillo increíble, en que Ud. ve que las piedras están gastadas por el tiempo. Es un castillo viejisimo, aunque no muy bonito, que está al lado del mar. En el tercer nivel -hay un torreón arriba - Picasso, durante ocho meses, pintó toda una serie de cuadros que se exhibe allí. En ese mismo castillo, Nicolás de Staël pintó lo mejor de su obra, y un día, desde su habitación, se tiró a las rocas. Resumiendo, yo creo que el gran pintor de este siglo es Nicolás de Staël , y el gran innovador del arte de este siglo - de

las pintura, de las artes gráficas, visuales - es Paul Klee”.

-¿Y los grandes coloristas de este siglo Jorge?

“Bueno, Matisse, Pierre Bonnard, y alguien que he llegado a entender muy al final, que es fantástico y que no me gustaba, y que es otro ruso, Marc Chagall. Así, veo yo la pintura de este siglo”.

-¿Quiénes lo han influido?.

“Todos. De todos, he tomado lo que me ha aparecido. Yo pienso, Sergio Ramón, que si Ud. pretende hacer lo que se llama una manifestación artística, es porque siente un impulso interior en un momento dado. Este impulso, siempre

está motivado por algo exterior que repercute en el artista y que puede, al final, ser nada más que una confesión interior, pero motivada, insisto por algo exterior. La naturaleza es la cantera del arte. No existe arte fuera de la naturaleza, no existe. Lo que pasa, es que Ud. puede llegar a ir tan lejos en expresar la esencia de la naturaleza, o de algún fenómeno de la naturaleza, que no tiene forma y se llama arte abstracto. La naturaleza expresada, por ejemplo, en los paisajes de Matisse y de muchos otros, no es la naturaleza que todos vemos afuera. Tiene la "impronta", una nueva manera de sentir de este artista que estamos citando, y Ud. crea su propio sentido de la belleza, que es infinito. Es muy difícil en el arte ser rotundo, pero, definitivamente, la belleza no es una sola".

-Y puede tener forma de escultura.

“Mire, la arquitectura es una escultura gigante. Llena de problemas, pero escultura gigante. Cuando me puse a pintar, a poquito andar, siempre supe que iba a terminar mi experiencia pintando. Sin embargo a los cuatro o cinco años, vislumbré la posibilidad de hacer una escultura pura, donde, si yo no lo hacía mejor, era porque no tenía una idea mejor, y tampoco tenía a quién echarle la culpa. Elegí la piedra, hice algo en granito, y después, hice mármol, ese mármol chileno que viene de la Cuarta Región, y también he hecho fierro. Poco, pero algo”.

-Porque más tiempo, indudablemente, le ha dedicado a la

pintura, y por eso, quisiera preguntarle si cuando entra a su taller y enfrenta la tela en blanco, tiene una idea clara de lo que va a hacer.

“Cuando Ud. ya tiene la idea, es rey del mundo y va a arrasar con la tela. El problema es cuando Ud., no tiene la idea todavía. Hay períodos en que paso días y días pujando y me comienzo a angustiar porque tengo la impresión que hasta ahí llego la cosa”.

-Que se cortó el hilito.

“Claro, Pero he aprendido - y recurro a ello, porque siempre el problema me vuelve a ocurrir - cuál es la respuesta o cuál es el método. Tengo que recordar que nunca, ninguna pintura que he hecho ha sido fácil; o sea, que la haya traído aquí

adentro y la haya sacado afuera, sin siquiera analizarla. Algunas son más dolorosas, más tortuosas, más difíciles de concretar en la idea que se tiene, porque son siempre sensaciones. Ud. tiene la sensación de algo y esa sensación empieza a cobrar cuerpo, y de repente, en un momento dado, se le ocurre qué es lo que va a hacer. No hay una relación proporcional entre lo que más le cuesta va a ser lo mejor. En absoluto. Lo que he aprendido, entonces, es que así es la cosa”.

-Y mientras “esa sensación empieza a cobrar cuerpo”, ¿que hace? ¿Escucha música?, ¿Lee?.

“A veces Marco Antonio Allende decía que el artista debe conocer el “detonante” que lo lleva al momento de la creación. El decía que era un

momento de semi-hipnósis. Yo lo encuentro fantástico, porque Ud., se va ensimismando, ensimismando y cuando a Ud. le hablan no sabe que contestar, porque estaba en otra parte. Creo, pues, que es algo parecido a eso. Porque Ud. se está dando vueltas. Tiene una serie de valores, y los retiene; los que no son buenos, se van y Ud. comienza ya a redondear, pero sabe que todavía eso no es motivo para hacer una pintura. Cuando Ud. se siente acorralado, toma un libro y lee un poema, y después, el poema le sugiere lo que Ud. estaba pensando, y entonces, Ud. atrapa la idea. Y esa idea, ya tiene matices, hay que pulirla ¿no?, y como decía Croce, hay que trabajarla, para que esa idea, que parece tan buena en la cabeza, termine buena en la tela. Marco Antonio decía que el artista tiene que

conocerse. Donizetti encontraba su inspiración en el café, y tomaba una taza tras otra, hasta que se volvió loco, porque ya no dormía. Pienso que para un artista tan sensual en su expresión como Modigliani, el “detonante” de su idea tiene que haber sido, seguramente, la mujer, el amor, el amor carnal. Se me ocurre, en fin... Todos han tenido algo. Cuando a Haydn se le ocurría algo, se arrodillaba y daba gracias al cielo, porque estimaba que su capacidad de componer música era un don divino. Para qué seguir...”.

-Pero como esta conversación no termina aquí, quisiera preguntarle que piensa Ud. de quienes con rotundez, sostienen que en arte ya se ha dicho todo, que no hay nada nuevo.

“No puede haber tal, imposible. Mire, yo he escuchado infinitas veces decir “sí” o “no”, frente a una pregunta, a una circunstancia, y yo creo, que si me lo propusiera, siempre distinguiría un matiz en ese “sí”, o en ese “no”. Ahora, claro, es sutilísima la diferencia, pero existe y uno podría llegar a ser un experto - así como los hay en fonética - en describir el estado de ánimo y cómo se comportaba la personalidad de ese sujeto que dijo “sí” frente a tal cosa. Entonces, cuando una cosa tan insignificante como esa tiene infinitos resultados, es que, estoy seguro de que nunca se va agotar el arte. Nunca. Salvo que no existan premisas como, por ejemplo, que hay que tener oficio”.

-¿Por qué?

“Bueno, porque esa es una de las

creencias básicas del academicismo. Yo creo que no es necesario que sea así. Hacer una línea, significa que hay oficio para hacerla. Yo digo "oficio", en el sentido que ellos se refieren, la exquisitez en el oficio. Las veces que he ido a España, lo que nunca me he perdido son los toros, e ir en la noche a un "tablao", a escuchar y ver bailar flamenco. Yo me crié desde chico en torno a la ópera, que es el "bel canto" y el oficio llevado al límite, en cuanto al manejar la voz. Por eso, cuando fui a estos "tablaos" y escuche por primera vez un "cantaor", con su voz quebrada, pero con ninguna de las cualidades que debe tener un buen cantante, me horrorizó. Pero, a pesar de que había sentido una especie de repudio a lo que había ocurrido, había "algo" que

habia quedado dando vueltas, y así comencé a tomarle el gusto. En este momento, a mí me parece fabuloso el “cantaor” de tabladros. Pienso que Plácido Domingo, siendo español, jamás podría cantar una cosa de tabladros, porque los valores son totalmente distintos”.

-También los del toreo.

“Lo encuentro un espectáculo fabuloso, muy viril, pero nunca lo he estudiado. Mi afición llega a que siempre voy, nunca me pierdo los toros”.

-Si para pintar un cuadro, no es necesario el oficio de los “academicistas”, la cultura es indispensable para entender el arte,

indispensable para entender el arte, ¿verdad?

“Indispensable, Sobre todo, en el arte contemporáneo. Desde comienzos de siglo para adelante , si Ud. no tiene cultura y no sabe lo que han hecho los demás, es imposible, porque Ud. no puede empezar a descubrirlo todo de abajo, de cero. La vida es muy corta. Nunca va lograr un nivel promedio que supere el nivel promedio de los otros, apoyados en los otros. Entonces, Ud. se tiene que apoyar en los otros. Y los otros, lo llegan a hacer más rico a Ud. como artista; A hacer más rica su idea de la belleza. Un artista es una idea de la belleza”.

- Y qué ha contribuido a su propia “idea de la belleza”, Jorge?.

“Cuando Ud. a llegado a sentir lo que sintieron otros grandes artistas, a atisbar su manera de comprender la belleza, Ud. se empieza a mover un un mundo sumamente exquisito, cuya antipoda es el barullo de la calle, ¿entiende?. Y todo lo que ocurre ahí, no tiene nada que ver, y a Ud. le parece que es una necesidad, porque todavía no ha despegado los pies del suelo y comprende que tiene que hacer ciertas cosas para que pueda vivir. Sin embargo, todo esto es un tipo de rutina necesaria y digna, porque es la manera cómo Ud. se gana la vida. Pero la vida, ¿ en que consiste?. La vida, para mi, consiste en pasarse entre los escritores, los dramaturgos - Me gusta mucho el teatro- o entre los músicos. Cuando Ud. de repente, escucha una nueva cosa, o cuando

algo que ha escuchado muchas veces, lo hace vibrar de otra manera, es que ese minuto es muy exquisito y da gracias, como Haydn, por estar vivo. Y me parece apasionante, interesantísima la vida, porque existen esas posibilidades. No, las de estar dando vueltas en la calle, parando las papas para la olla. Cuando a Ud. le queda este otro tiempo, Ud. se “codea” con todos los creadores que fueron sentimientos excelentes, únicos. Nuevas ideas de belleza”.

-¿Podría especular un poco sobre el arte del tiempo que viene? Tan cercano el siglo XXI, no parece algo prematuro hacerlo.

“ Yo me quiero amparar en esa premisa de que el arte es cíclico, ¿ya? Porque pienso que todas las experiencias que se han tenido en este

siglo, y que han sido tantas, todas las experiencias de los "ismos", han aportado algo. Incluso, el "minimalismo", que yo lo encuentro increíble como proposición, porque es una manera de decir donde no hay nada. Todas esas cosas que, en el fondo, son referencias, son las que van a crear una necesidad en la gente, en el público, de obligar al artista a volver un poco a los sentimientos. Si las leyes reglamentan las relaciones entre los hombres y la medicina resuelve sus problemas de salud, ¿cuál es, en este momento, la función del arte?. Porque siempre fue, exclusivamente, un problema del espíritu, llegaba al alma. Todas esas cosas de las que hablaban los románticos, pero que ya estaban desde antes, porque venían gestándose con anterioridad. Porque en todo lo que es subjetivo en el individuo, es

donde se gesta la emoción es ética”.

Y esa emoción, Ud. debe haberla experimentado muchas veces, en sus visitas a los grandes museos. Como artista, ¿nunca se ha sentido como? “empequeñecido” frente a la imortalidad de una obra?

“Yo me he sentido normalmente empequeñecido frente a muchas circunstancias vitales, pero jamás frente a esa. Le estoy siendo sincero. Siempre he albergado una confianza, que tampoco consiste en que crea que yo soy un genio, sino que mis mejores posibilidades y condiciones están en esa dirección. No me preocupa en especial cuánto de bueno pueda ser, créame. Lo único, sí, tengo la

sensación de que malo no soy. Pero que sea bueno, o cuánto bueno, no tengo idea ni me preocupa”.

No me cabe duda, Jorge Labarca, ya atrapó la ola.

Tomé, Julio 1996

AUSPICIADORES DE ESTA EDICION:

**GONZALEZ
GOLDENBERG PROPIEDADES**

Barros Arana 514 - 2° Piso- Concepción.

LIBROS ALAR

Omar Lara

Ongolmo 139

Concepción.

Ch808.833 9

F954
(BJTM)

23066

Fecha
Devolución

NOMBRE

23066

Fuentealba, Sergi Ramón.

ESTE LIBRO Y LA PRENSA:

“Vuelve Sergio Ramón Fuentealba. Esta vez con la autoedición “Jorge Labarca, atrapando la ola”, amena “conversación” con el artista Premio Municipal de Arte, 1984. Fuentealba, en un estilo que lo caracteriza, refresca la memoria del entrevistado y de su entorno, en una charla siempre entretenida y llena de vivencias, donde también se hacen juicios y valoraciones estéticas sobre la pintura y el arte en general. Una contribución a la historia de la plástica local”.

(EL SUR, 25.08.96).

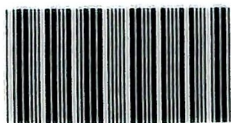
JORGE LABARCA, ATRAPANDO LA OLA Sergio Ramón Fuentealba

(La foto de la portada, pertenece al autor)
Registro Propiedad Intelectual N°

Primera Edición, Agosto 1996

Digitación Texto : Isabel Muñoz Espinoza
SAGITARIO. A. Pinto 296. Fono : 230271

IMPRESION: Editorial de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de Concepción.



023066